

Federico Supervielle Bergés

EL CORSARIO DEL ORO NEGRO

Nigeria, Piratas, Yihad y petróleo

Capítulo Uno

Pablo dejó la moto en el caballete y se quitó el casco. Después de una hora, hasta la ínfima brisa que bañaba el circuito de Jerez se agradecía. Mientras se dirigía al vestuario, se fue abriendo la cremallera del mono. Le daba la impresión de que la temperatura dentro estaba cerca del punto de cocción.

Ir al circuito le ayudaba a descargar adrenalina y a ser menos agresivo con la moto en la carretera. Últimamente no le venía mal desfogarse.

Después de una buena ducha recogió la moto y la estaba subiendo en el remolque cuando sonó su teléfono.

—Dígame.

—Hola, Pablo.

Tardó un par de segundos en reconocer la voz.

—¿Señor Reyes?

—El mismo. ¿Cómo estás?

—Eh... bien.

—Me alegro.

Pablo se preguntaba qué podía querer su antiguo jefe. ¿Estaría intentado vender el Albatros y necesitaba algún dato? ¿Echaba de menos algún papel de cuando Pablo lo había mandado?

—Te preguntarás por qué te llamo. Y sabes que me gusta ir al grano. El señor Gotthelf tiene un nuevo proyecto entre manos, y puede que necesite los... servicios del Albatros otra vez.

—Me alegro, es una pena tener esa maravilla de barco parado.

—Tú lo has dicho —continuó Reyes—. Alps Tankers está ultimando los detalles de un contrato para transportar crudo desde Nigeria a Europa. Como sabrás, el Golfo de Guinea está casi peor de lo que estaba Somalia hace poco, y ya no quedan compañías que quieran arriesgarse a meter sus barcos allí. Las primas de los seguros son tan altas que no les es rentable. Pero ya sabes que el señor Gotthelf no se rinde fácilmente, y que no le importa ser un poco original.

—Desde luego.

—Bueno, pues te llamo para ofrecerte que vuelvas a capitanear el Albatros. Después de tu éxito en Somalia, no se nos ocurre nadie mejor para el puesto.

—¿Qué?... yo... ahora...

—No me contestes. Piénsatelo unos días y me dices.

Y antes de que pudiera protestar, Reyes le había colgado.

Pablo terminó de trincar la moto mientras la cabeza le daba vueltas. Por su mente pasaron todos los momentos vividos a bordo del Albatros en Somalia. Los buenos y los malos. El rescate de los pescadores franceses, el asalto al Nordend, el *dhow* de la droga y la muerte de Toñín y, como no, el desenlace, el asalto al Weisshorn, el descubrimiento de la trama, la herida de Paco.

Aquello le llevó a acordarse de toda la gente que le había acompañado en esa aventura. Jaime Reyes había sido su jefe; el hombre que le había fichado y que le había puesto al frente del Albatros por orden de un magnate del petróleo suizo. En el barco, su mano derecha había sido Gabi Huesca, un marino de guerra al que habían echado de la Armada. Además, había contado con un asturiano y otro joven marino para llevar el barco. Pero no podría haber hecho nada sin Joseba, un piloto de helicópteros vasco que hacía auténticas virguerías con su aparato, y Paco, un ex GEO que había mandado un pequeño grupo de hombres con la misión de asaltar los barcos que habían secuestrado los piratas. Y, por supuesto, no se olvidaba de *Grease*, su John Wayne particular; un divertido mecánico de la marina americana. Y finalmente, las dos chicas: Esther y Ana. Una médico y una contable/administrativa/casi abogada. Y todos los subordinados de estos, hasta un total que rondaba los ochenta hombres y mujeres.

Una maravilla de dotación; Pablo había tenido el trabajo de sus sueños. No se había hecho marino de guerra por miedo a que el trabajo le aburriera pero, después de estudiar Náutica, nunca pensó que fuese a tener la oportunidad de hacer aquello.

El joven gaditano se dio cuenta de que estaba sonriendo como un bobo mientras conducía de vuelta a Cádiz.

Pero no podía ser. En ese momento tenía otras cosas en la cabeza. Cosas que había dejado de lado mucho tiempo y que se había prometido que serían su absoluta prioridad. Por mucho que el afán de aventura le llamase, no podía aceptar la oferta de Reyes.

Pablo caminaba por Canalejas camino del despacho de su abogado. Con la cabeza gacha, repasaba los acontecimientos de los últimos meses. Después de dieciséis años ocultándolo, había reconocido ante el mundo a su hija, Diana. Hasta entonces, la madre de la niña la había criado en solitario, presionando a Pablo por dinero a cambio de dejar que la viese de vez en cuando. Los motivos por los que nunca había reconocido a la niña eran complejos, pero básicamente se podían resumir en que, con dieciséis años, cuando su ex novia

adolescente le dijo que se había quedado embarazada, él no supo hacerse cargo de la situación. A medida que pasaba el tiempo, se avergonzaba más y más de no haber asumido su responsabilidad, con lo que se le hacía más y más difícil admitirlo.

Evidentemente, para la niña aquello había sido un trauma. Y para él tampoco había sido moco de pavo. Su ex le había extorsionado perdiendo los poco escrúpulos que pudiera haber tenido en un principio y él se había pasado años dándole prácticamente todo lo que ganaba a cambio de que le dejara ver a la niña y de que no divulgase su secreto.

La separación que había conllevado su periplo por el Índico al mando del Albatros le había pasado factura y su relación con su hija se había resentido aún más. Después de tocar fondo y hablar con Gabi, que además de su segundo se había convertido en un amigo irremplazable, había tomado la decisión de reconocer públicamente a su hija. La extrema vergüenza que había tenido que pasar, sobre todo al decírselo a sus padres y sus hermanos, se había visto compensada por la reacción de Diana.

Pero a Pablo no le valía con eso. Tenía que recuperar dieciséis años de relación, y era consciente de que Diana ya era una joven mujer y cada vez le quedaba menos para ser independiente. Estaba decidido a disfrutar al máximo de esos últimos años. Levantó la mirada, cogió aire y se dirigió con paso decidido al bufete de Eduardo Suárez, el mejor de la ciudad.

—Buenos días, señor Marzán —le saludó el picapleitos unos minutos después.

—Buenos días, señor Suárez —contestó Pablo entrando en el suntuoso despacho.

Una enorme mesa presidía la sala, con sitio para sentar a unas diez personas. Pero el abogado le dirigió hacia otra mesa, su despacho propiamente dicho: de maderas nobles y estilo tradicional, casaba bastante bien con su dueño. Eduardo Suárez era el abogado más exitoso de Cádiz y uno de los más conocidos de Andalucía y de España. Debía de rondar los setenta, pero los ojos que se escondían detrás de aquellas arrugas no dejaban duda sobre la capacidad de aquel hombre. No se le escapaba un detalle.

Suárez tosió ruidosamente, recordando a Pablo una enfermedad que había pasado su padre unos años atrás. Quizás Suárez era más mayor de lo que parecía.

—Discúlpeme —dijo el abogado—. Llevo unos días un poco indispueto.

—Los aires acondicionados son un peligro —contestó Pablo, por decir algo.

—Sí... —carraspeó— bueno, señor Marzán. Como le adelanté el otro día, los resultados positivos de la prueba de paternidad son el primer paso que necesitábamos para seguir adelante. Ahora podremos, como nos pidió, ser todo lo... eh... agresivos que la ley nos permita.

—Perfecto. ¿Cuál es el siguiente hito?

—Si quiere continuar con la estrategia que me comentó -y aquí el abogado hizo una pausa, mirándole por encima de sus gafas, a lo que Pablo asintió

enérgicamente-, habrá que informar al juez de que consideramos a la madre de su hija no idónea para educar a la niña. La duda es, ¿exactamente por qué no la consideramos idónea?

—Por lo que sea —contestó Pablo—. Por lo que tenga más opciones de hacer que me den la custodia íntegramente.

El picapleitos se quitó las gafas y se recostó en el sillón mirándole profundamente.

—Pero, señor Marzán, la acusación tiene que tener algún tipo de sustento para que tenga opciones de ir adelante.

—Hay mil millones de razones por las que Ángela no debería de criar a mi hija ni a la hija de nadie —contestó Pablo airado—. Porque no tiene trabajo, porque ha estado años extorsionándome, porque está como una regadera... Elija la que más le guste. O, mejor, con la que vaya a ganar.

—Muy bien. Lo consultaré con mi equipo y le haremos una propuesta. Tenga en cuenta que deben de ser cosas que podamos demostrar.

Pablo sonrió cínicamente.

—Cualquiera que la conozca sabe que tengo razón.

—Está bien. En ese caso solo me resta estudiar con detenimiento nuestras posibilidades y hacerle una propuesta —Suárez volvió a hacer una pausa—. Si encontramos otra posibilidad que... no se encuentre entre las que me ha mencionado... ¿quiere que la valoremos también?

—Por supuesto. Hay muy pocas cosas de las que no se pueda acusar a esa arpía.

—De acuerdo —dijo el abogado levantándose—. Pues me pondré en contacto con usted en unos días.

—¿Qué pasa, macho? —saludó Pablo a su antiguo segundo.

—¡Hombre! ¿Cómo estás, Pablo?

—Muy bien, tío. Liado con la movida de la custodia de Diana.

Gabi le miró detenidamente con sus profundos ojos azules. El joven marino gaditano solía ser indescifrable, pero su amigo gallego había traspasado su coraza exterior y conocía a Pablo perfectamente.

—¿Y cómo va la cosa?

—Bien. Parece que avanzamos. Es todo lentísimo, pero bueno, es lo que tiene la burocracia.

—¿Te estarás dejando un dineral, no?

—Sí, pero si hay algo en lo que no me importa gastar es en esto. Estoy pagando el abogado más caro de la provincia. Espero que también sea el mejor.

—Ya ves —contestó Gabi—. ¿Entramos?

—¡Claro! Me muero de hambre y en más de treinta años, aún no he comido mal en el Balandro.

Los dos marinos se sentaron en la barra y pidieron sendas cañas. En lo que

leían la carta, Gabi aprovechó para observar disimuladamente a su amigo. Llevaba el ceño permanentemente fruncido y algo en su pose transmitía una sensación de cansancio. Gabi le había visto así en el Albatros, con razones más que de sobra para estar preocupado, pero ahora Pablo no estaba trabajando - estaba viviendo de lo ahorrado como capitán- y la causa de aquella desazón era evidente.

La preocupación no encajaba bien en el rostro de su colega. Una nariz grande presidía una cara de rasgos marcados medio ocultos por una barba cerrada; Gabi sabía que Pablo se afeitaba una segunda vez si tenía un evento por la tarde. Pelo oscuro peinado hacia un lado en una cabeza grande, la piel curtida y morena, de su afición a la vela. Los ojos marrones no destacarían de no ser por unas pestañas largas, casi femeninas. No, definitivamente no le sentaba bien estar tan preocupado.

—¿Has ido a Ferrol? —le preguntó Pablo.

—Sí —contestó Gabi—. Para que las niñas vieran a los abuelos y para escapar un poco de este calor infernal.

—Es una maravilla tener tanto tiempo libre, ¿verdad?

—Sí... estoy disfrutando de Fátima y las niñas como no lo había hecho antes. Y ellas están encantadas.

Pablo sonrió.

—Pero a veces echo de menos el Albatros —tiró el anzuelo el ferrolano.

—Sí... lo pasamos bien.

—Sí. Tuvo sus momentos duros, pero lo verdad es que somos unos afortunados —Gabi miró de soslayo a su amigo—. Si me diesen la oportunidad de volver, lo haría sin pestañear.

El gaditano le miró un momento con la duda reflejada en los ojos, pero en seguida pareció decidir que se trataba de una coincidencia.

Después de pedir una tapa de ensaladilla, tortillitas de camarones, cazón en adobo y gallo empanado, el ferrolano volvió a la carga.

—Últimamente estoy empezando a plantearme qué hacer. Con lo que nos pagó Gotthelf, podría vivir un par de años más así, pero yo no tengo ningún título que poner en mi currículum. Tú siempre podrás volver a la Mercante.

—Sí... —contestó Pablo entre sorbos de Cruzcampo.

—Pero a mí los cinco años de Escuela Naval no me sirven de nada. Cuando ingresas, ni te preocupas. Todos vamos con la intención de desarrollar nuestra carrera en la Armada y nadie se plantea quedarse en la calle. Pero ahora, con cuatro niñas y una mujer que mantener, tengo que empezar a pensar en ello.

—Con tu experiencia, alguna empresa o algún centro de investigación o algo así te tiene que querer seguro.

—Ese tipo de plazas son más por enchufe que otra cosa —contestó el gallego—. Y te recuerdo que yo soy un asqueado. Me echaron porque casi hundo mi barco.

—No digas eso, Gabi. Casi te hunden el barco. Tú no tuviste culpa ninguna. Bastante que asumiste la responsabilidad. No habrías sido el

primero en intentar escurrir el bulto.

—Tú mejor que nadie deberías de saber que el comandante siempre tiene la culpa.

—Qué cabezón eres... ¿Por qué no hablamos de otra cosa?

—Vale, vale —contestó Gabi levantando las manos—. ¿Que estás haciendo para matar el tiempo? —preguntó tras una pausa.

—He ido con la moto a Jerez unas pocas veces. Salgo a navegar siempre que el patrón quiere darse una vuelta y estoy intentando hacer algo de deporte.

—Lo de la moto te juro que no lo entiendo. Un día te vas a matar.

Pablo se encogió de hombros.

—Si me caigo, mejor que sea en el circuito, que no hay tráfico, las curvas están preparadas y llevo todas las protecciones.

—También hay otra opción, que es no hacer el borrico. O, directamente, no coger la moto.

—Bah. Estás hecho un abuelete. No sabes lo que mola coger las curvas en el circuito. El asfalto es distinto, agarra más, y te puedes tumbar hasta tocar con la rodilla.

Gabi negaba con la cabeza incrédulo.

—Un día te la vas a pegar.

—¡Qué va! Voy controlando.

—Deberías apuntarte a pádel conmigo.

—¿Pádel? Qué típico... pero al menos estás haciendo algo. Pensé que ya solo jugabas a las muñecas y te maquillabas.

—Muy gracioso —respondió el ferrolano con una mueca—. Pero a mí no me pasa nada por estar todo el día rodeado de mujeres. No tengo que justificar mi masculinidad.

Pablo rió. Si había algo de lo que estaba seguro era de que su amigo era hetero.

—Oye, tenemos que hacer esto más a menudo —dijo el gaditano.

—Sí. Pero que no se te olvide que algunos tenemos responsabilidades; no podemos estar todo el día por ahí de juerga.

—¡Seguro que Fátima sigue haciéndolo todo! Si es que te puedo ver, tirado en el sofá viendo la tele mientras ella hace la cena y, a la vez, ayuda a una niña con los deberes, peina a otra y juega con las otras dos.

—Pues no te voy a negar que al principio fuera así. Pero después de unas semanas, acabé asqueado de no hacer nada y ahora ayudo en casa todo lo que puedo. Hasta he aprendido a cocinar.

—Habría que verte.

—En cualquier caso —dijo Gabi—, estoy empeñado en encontrar trabajo. E imagínate cuál fue mi sorpresa cuando recibí una llamada de Reyes el otro día.

Pablo le miró fijamente.

—Me dijo que Gotthelf volvía a tener un proyecto entre manos en el que

puede que volviese a necesitar al Albatros, y quería saber si estaría dispuesto a participar.

Pablo seguía callado.

Pero Gabi no se iba a rendir tan fácilmente.

—No le pregunté. Pero estoy seguro de que te ha llamado a ti también.

Pablo dejó los cubiertos sobre la mesa y miró detenidamente a su amigo. Estaba seguro de que no hacía falta -aquellos ojos azules le estaban leyendo como un libro abierto-, pero se resignó a explicarle a Gabi por qué no iba a ir:

—No puedo. Ahora no. Estoy demasiado metido en lo de Diana.

—Quizás precisamente por eso te venga bien.

Pablo negó con la cabeza.

—Llevo casi veinte años dejándolo de lado. Me he prometido que esta vez le voy a dar la importancia que merece.

—Te entiendo perfectamente Pablo, pero de verdad creo que vas a verlo todo mejor con un poco de perspectiva.

—No.

Y, por primera vez desde que lo conocía, a Pablo le pareció ver en la mirada de su amigo una súplica.

—Hola, Papá.

—Hola, peque. ¿Cómo ha ido el día?

—Bien...

Padre e hija paseaban desde el colegio de esta hasta su casa casi todos los días. Era la única forma de que Pablo la viera a menudo sin que su madre se enterara.

—¿Mañana tienes examen de Física, no?

—Sí.

—¿Y qué? ¿Ha soltado prenda la profesora?

—No hace falta —sonrió Diana—. Sabemos perfectamente lo que va a poner; es lo mismo todos los años.

—Tú no te confíes.

—No te preocupes. He quedado con Sonia para estudiar.

Siguieron andando un rato en silencio.

—¿Y tú qué tal? —preguntó Diana.

—Bien... algo liado.

—¿Con tu abogado?

Pablo la miró de soslayo.

—Sí.

—Mamá está preocupada. Nunca la había visto así. No se pone histérica, como siempre. Es peor: está como apagada.

—Ya le advertí en su día. Está pagando por sus pecados. No sabes todo lo que me ha hecho estos años.

El rostro de la niña se ensombreció.

—Sabes que no me gusta que hables así de ella.

—Perdona.

Otro silencio, este más largo.

—Y, por lo demás, ¿qué? ¿Qué haces con tu vida? —preguntó Diana—. Te estarás despertando todos los días a mediodía.

Pablo sonrió. Quería reconducir la conversación por caminos más agradables, así que se apresuró a contar algo que hiciera a su hija olvidar sus palabras de unos minutos atrás:

—El otro día me ofrecieron un trabajo.

—¿En serio?! Qué bien, ¿no?

Pablo asintió distraído.

—Pero lo rechacé.

—¿Qué?! ¿Por qué?

El marino se encogió de hombros.

—No me hace falta el dinero.

Su hija le miró de arriba abajo, parándose un momento en el ceño fruncido y el andar cabizbajo.

—Puede que no, Papá. Pero no te vendría mal algo con lo que entretenerte.

—¿Ahora qué eres? ¿Psicóloga?

—No hace falta ser psicóloga, Papá. Todos necesitamos un objetivo y una rutina.

—Mi objetivo eres tú.

Diana agachó la mirada.

—¿Sabes? Cuando estabas en Somalia estaba súper orgullosa de ti.

—Me alegro, peque.

—Pero ahora te miro y lo que das es pena, Papá.

Pablo se giró bruscamente.

—Quiero que sigas siendo mi ejemplo.

—Diana, no he sido ejemplar en nada de lo que he hecho contigo. Pero eso va a cambiar. Eres mi única prioridad. No voy a dejar que nada me distraiga.

—Pero...

—Me tengo que ir. Dame un beso.

Y se dio la vuelta.

Pablo paseaba por la Alameda camino de la Taberna del Anteojo. Había quedado con sus hermanos para tomar algo. Llevaba un tiempo sin ser muy sociable, pero con sus hermanos era especial. Su relación con ellos era distinta a la que pudiera tener con cualquier otra persona. Además, había que aprovechar que Nacho estaba por Cádiz.

—¿Qué pasa, macho?!

—¿Cómo estás, Nacho? —dijo dándole un abrazo.

—Bien, tío.

—¿Qué tal, Javi? —saludó a su hermano mayor.

—Muy bien, ¿y tú?

—Bien...

—Pues tienes una cara de mierda —le contestó Javi.

—Es su cara, tío —sonrió Nacho—. Pobrecito, déjalo.

Pablo sonrió. Con sus hermanos se sentía cómodo.

—La verdad es que llevo un tiempo un poco cansado.

—¿Con lo de Diana? —preguntó Javi poniéndose serio.

Pablo asintió.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó Nacho.

El pequeño de los hermanos Marzán se encogió de hombros.

—Estoy pagando un abogado carísimo y... eso es básicamente todo lo que puedo hacer.

—Debe de ser muy frustrante —dijo Javi, el mayor de los tres.

—No me lo quiero ni imaginar —apuntilló Nacho.

—Bueno, si Dios quiere, cuando todo acabe habrá merecido la pena. Y ahora, vamos a hablar de algo más alegre. ¿Vosotros qué tal? ¿Cómo van los nuevos destinos?

—Pues la verdad es que es un cambio grande —contestó Nacho—. Pasar de estar mandando tu propio barco a ser un profesor más en una Escuela de quinientos alumnos... Pero no me quejo. Es solo para un año; en septiembre me voy a hacer el curso de Estado Mayor. Y no podía meterle otra mudanza a Irene y a los niños. No para un año.

Pablo observaba a su hermano. Era el más menudo de los tres, aunque se parecían todos mucho. Nacho estaba teniendo la carrera meteórica en la Armada que todos esperaban y acababa de terminar el mando del patrullero Tabarca, pasando destinado a la Escuela Naval Militar. La misma carrera que debería de haber tenido Gabi, compañero suyo de promoción y, además, buen amigo.

—Mi cambio es mucho menos brusco —dijo Javi, el más fornido de los tres—. Sigo en la Escuela de Suboficiales, así que a conozco a la gente, el régimen, las costumbres... Pero al pasar a ser Jefe de Instrucción tengo mucho más peso. Estoy intentando instaurar un par de cambios, a ver si conseguimos consolidar el prestigio de la Escuela.

En su día, Pablo pensó que era una pena que Javi hubiese perdido la pasión por la Armada, pero con el tiempo se había dado cuenta de que estaba enfocando su vocación de otra manera y que, quizás, era incluso más provechoso que emplease sus conocimientos y entusiasmo en formar a las nuevas generaciones.

—¿Y tú qué? —le preguntó Nacho—. ¿Te vas a dedicar a vivir del cuento el resto de tu vida?

—Ahora tengo que concentrarme en Diana.

Javi le miró detenidamente antes de contestar.

—Tú mismo has dicho que hay poco que puedas hacer. Deberías fiarte de tu picapleitos y encontrar algo de provecho a lo que dedicarte.

—Es psicológico, lo sé, pero no puedo ponerme a hacer otra cosa ahora.

—La verdad es que, después de tu último trabajo, cualquier cosa te va a saber a poco.

Pablo sonrió.

—¿Cómo está mi amigo Reyes? —preguntó Nacho, que lo había conocido en un viaje de tren y era quién les había presentado.

—Hace mucho que no sé de él —eludió Pablo la pregunta.

—¿Y el barco? ¿Sigue cerrado?

Pablo asintió.

—Me imagino que no han encontrado a nadie que lo quiera. Y no me sorprende.

—Pues yo no lo entiendo —dijo Nacho—. Cualquier marina de guerra debería de estar interesada. Es un barcazo.

—Los gobiernos no pueden comprar así como así —le recordó Javi—. Las cosas tiene que salir a concurso público y, aún así, siempre tienden a potenciar sus propias industrias de Defensa. No, yo creo que Pablo tiene razón. El ricachón suizo ese va a tener complicado recuperar la inversión.

—Bueno, y ¿cómo está nuestra sobrina? —preguntó Nacho.

—Muy bien. Con exámenes.

—Espero que le vaya mejor que a ti cuando eras chico.

—Sí... ha debido de salir más a vosotros.

—A ver si te la traes a casa algún día —dijo Javi—. Que apenas la hemos visto. Y sus primos están deseando conocerla mejor. No veas tú para explicarles por qué de repente tienen una prima de diecisiete años...

—Hasta que se resuelva esto, va a ser complicado...

—Bueno, pero entre vosotros todo bien, ¿no?

—Sí —contestó Pablo. Por un momento, dudó si debía continuar pero, si no se lo contaba a alguien, explotaba—. El otro día me dijo que estuvo muy orgullosa de mí cuando estuve en el Índico.

Nacho y Javi, padres los dos, sonrieron al ver la cara de embeleso de su hermano pequeño.

—Pero esto de la custodia... no sé. A veces me da la impresión de que no le hace gracia.

—Es normal, Pablo —le dijo Javi—. Piensa en que su madre la ha criado desde siempre. Y no creo que le haga ninguna gracia veros enfrentados. Y menos por ella.

—Ya... no sé. El otro día me dio la impresión de que no quería que siguiera adelante. Le dije que me habían ofrecido un trabajo y se empeñó en que lo aceptara.

—¿Te han ofrecido trabajo?! —exclamó Nacho—. ¿Dónde?

Pablo levantó la mirada rápidamente. Se había despistado. Miró a sus dos hermanos y, al hacerlo, supo que no les podía engañar.

—Me llamó Reyes para decirme que parece que quieren volver a sacar al Albatros.

—¿Qué dices?!

—Le dijiste que no, ¿verdad? —adivinó Javi.

—No exactamente. No me dio tiempo a contestarle. Me dijo que le llamara en unos días.

—¿Y a dónde va esta vez? ¿Vuelve a Somalia?

—No... parece que esta vez están pensando en el Golfo de Guinea.

—Pablo... —le dijo Javi mientras le taladraba con la mirada—. Estas oportunidades no se repiten.

—Lo sé. Pero ya disfruté mi oportunidad. Ahora tengo otras prioridades —dijo mientras jugueteaba con el mantel.

—Es un tema muy delicado y sé lo receloso que eres de tus cosas. Creo que en casa somos todos un poco así. Pero si Diana está incómoda, a lo mejor lo que necesita es que le des un poco de espacio. Que se de cuenta de que te echa en falta cuando no estás. Y... que vuelva a estar orgullosa de ti.

Pablo levantó la mirada y la clavó en su hermano mayor.

Pablo bajó dos marchas para ayudar en la frenada y, sobre todo, para salir con fuerza de la curva. Inclino la moto hacia el ápice de la curva y buscó con la mirada la salida. En cuanto pasó el punto de mayor inclinación, abrió gas y enderezó la moto, quitándole las pegatinas a un coche que bajaba tranquilamente por la carretera.

El circuito era divertido, pero de vez en cuando le gustaba ir a la sierra a coger unas curvas. El paisaje era distinto, el trazado cambiaba con cada desvío que cogía y el tráfico le daba un poco de emoción.

El marino apuró dos marchas en la corta recta y volvió a frenar para coger la siguiente curva. En el circuito no había tanto peralte y eso era otra de las razones por las que le gustaba ir a Grazalema de vez en cuando. Otra variable que meter en la fórmula -intuitiva, no científica- con la que calculaba velocidades, inclinaciones y trazadas.

Pero la razón principal por la que había subido a la sierra aquel día era para pensar. Mucha gente no lo entendía; para ellos hacer la mitad de lo que hacía Pablo pilotando requeriría toda su atención. Pero el gaditano se lanzaba cuesta arriba o cuesta abajo en su moto mientras su cuerpo hacía en automático todo lo que tenía que hacer. Y su cabeza, sin que la distrajera otra gente, o el teléfono o cualquier otra cosa, se podía dedicar a repasar acontecimientos tranquilamente. Hay quién hace yoga. Pablo corría con la moto.

Los sucesos de los últimos días desfilaban delante suya como títeres en un escenario. Aquella maldita llamada de Reyes había puesto su mundo bocabajo. Si había algo de lo que estaba orgulloso en su vida era de haber mandado el Albatros y, en condiciones normales, habría aceptado la oferta sin pestañear. Pero, por otro lado, estaba aquello de lo que estaba menos orgulloso: haber rehuído sus responsabilidades como padre durante tantos

años. Había sido una losa guardar el secreto pero, ahora que lo había admitido públicamente, se sentía obligado a compensar todo lo que no había hecho hasta entonces.

La conversación con Diana le había preocupado. En un principio se había dicho a sí mismo que lo que le había comentado era fruto de las hormonas de una adolescente, pero meditándolo se había dado cuenta de que podría haber bastante más detrás. ¿Y si su hija no quería irse a vivir con él?

Pablo pegó un frenazo. Se había despistado y casi se había comido el coche de delante.

¿Por eso estaba así Diana? ¿No quería que él tuviera la custodia?

Pablo echó la mente atrás. No. No podía ser. Su hija había estado realmente triste cuando él se había ido al Índico. Y, a la vuelta, había desafiado las órdenes de su madre para ir a recibirle. Pero, sobre todo, lo que convenció a Pablo fue la reacción de Diana cuando le dijo que iba a reconocerla públicamente y a luchar por su custodia. Esas reacciones no se fingen.

Entonces se acordó de lo que le había dicho Javi la noche antes: «que vuelva a estar orgullosa de ti».

Pablo soltó el puño del acelerador y dejó que la moto fuera perdiendo velocidad.

Se estaba concentrando tanto en recuperar a su hija que no se había parado a pensar en qué pensaría ella de él cuando todo el proceso hubiera acabado.

Con un gesto que pareció el martillazo de un juez, Pablo bajó la última marcha y paró la moto en el arcén. Se quitó el casco, lo dejó apoyado en un retrovisor, sacó el teléfono y buscó un número en la agenda. En dos tonos le habían cogido la llamada.

—¿Señor Reyes?...